

JOSÉ MARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

(fundador del Opus Dei)

(1902-1975)

Primeras semanas de otoño de 1960. Estamos en el Colegio Romano de la Santa Cruz. En una calle ancha y ruidosa, de mucha circulación, que atraviesa uno de los barrios residenciales de la Urbe por antonomasia; ha ido surgiendo a lo largo de estos últimos años un grupo de edificios, que en nada desentonan de los demás de la calle. Vistos desde dentro, sus fachadas movidas y de diferentes alturas rodean una «villa vecchia», de tipo toscano «quattrocentesco», que ya existía allí, y en torno a la cual las nuevas construcciones han dejado libres una serie de «cortili». El conjunto está destinado a albergar la casa central del Opus Dei.

En verdad, nada mejor que su propia disposición y aspecto para simbolizar plásticamente el espíritu que allí se alberga, y que desde allí se irradia: son unos edificios inspirados en la buena arquitectura romana corriente, levantados en medio del tráfago de la ciudad, empleando con espléndida sobriedad los más modernos medios técnicos, y cuidando en extremo todos los detalles.

En una de esas casas está ahora instalado además el Colegio Romano de la Santa Cruz. Estudian allí —a la vez que siguen los cursos de diferentes ateneos y facultades— dos centenares de hombres jóvenes de muy diversas nacionalidades, lenguas y razas; alemanes, suizos, españoles, italianos, croatas, ingleses, irlandeses, portugueses de Europa, de Goa y de Macao; americanos del Norte y del Sur; mexicanos, peruanos, chilenos, venezolanos, colombianos, guatemaltecos, argentinos, ecuatorianos. Seglares y sacerdotes salidos estos años de aquí desarrollan ahora su trabajo apostólico en el Japón, en Kenya, en Nigeria, en las misiones de Yauyos, y en Viena, en Montevideo, en Harvard, en Ottawa, en Oxford, en Manila o en Sevilla, por citar sólo unos cuantos de los lugares distantes en que ahora trabajan muchos de los antiguos estudiantes del Colegio Romano. El universalismo —la catolicidad— del Opus Dei tiene también su mejor expresión en este ambiente de universal fraternidad y unidad, basadas en el común espíritu.

La vida alegre, laboriosa y sencilla de todos ellos está imantada con recie-

dumbre hacia un centro, en el que coinciden —espiritual y cordialmente— con otros muchos hombres y mujeres de todo el mundo: la doctrina y el ejemplo vivo de un sacerdote, monseñor José María Escrivá de Balaguer y Albás, fundador y primer presidente general del Opus Dei.

Se le podía encontrar con frecuencia en el silencio de su cuarto de trabajo, o bien rodeado por un grupo de esos estudiantes, en el rincón de un patio, junto a una mesa cargada de planos y proyectos, o junto al Sagrario de uno de los muchos oratorios que en aquella casa hay por todas partes. Cualquiera que se le acercara, siempre podía oír una palabra amable y esperanzadora, estimulante, firme, alegre, llena de sentido sobrenatural.

Vestía un modesto traje talar, en el que apenas se distinguía algún indicio de su dignidad jerárquica. Era un hombre más bien alto, extraordinariamente activo y enérgico. Cualquiera que le hablase, aunque no fuera por primera vez, tenía una sensación inolvidable, de impresionante fuerza, de sobrehumana energía.

Nació el 9 de enero del año 1902 en Barbastro, un noble pueblo de la tierra de Huesca, en España, situado en la zona donde la vertiente meridional del Pirineo aragonés se abre hacia las llanuras catalanas de la cuenca del Ebro. La casa natal, en la que vivían sus padres —de antigua y limpia estirpe por ambas ramas del árbol genealógico— forma esquina con una pequeña plaza, que en 1902 se llamaba del Mercado. La pila bautismal donde fue recibido en la Iglesia resultó destrozada más tarde, en el asalto y saqueo que el templo sufrió durante la dominación marxista. Aquel pueblo del alto Aragón —rodeado de olivos, sede episcopal muy antigua, a orillas de un afluente del Cinca— es el escenario de los primeros tiempos de su infancia.

Su padre, don José Escrivá de Balaguer y Corzán, de quien el fundador del Opus Dei solía decir que era un verdadero santo, sufrió hacia el año 1915 reveses de fortuna que le llevaron a trasladarse con su familia a Logroño, donde en las aulas de la enseñanza media el futuro monseñor Escrivá de Balaguer coincidió con otro muchacho que andando el tiempo sería uno de sus primeros seguidores en el Opus Dei: Isidoro Zorzano, luego ingeniero industrial, muerto en 1943, y cuyo proceso de beatificación está en curso.

Al llegarle la edad de la formación universitaria, cursó la carrera de Derecho en la universidad de Zaragoza, y los estudios eclesiásticos en el seminario cesaraugustano de San Carlos, del que fue superior. Recibió la tonsura clerical de manos del cardenal Soldevilla, el famoso arzobispo de aquella diócesis, que al poco tiempo caía asesinado por un anarquista. El día 28 de marzo de 1925 fue ordenado sacerdote.

Poco más tarde se traslada a Madrid con su familia: su madre, doña María Dolores Albás y Blanc, que poco antes había quedado viuda, su hermana Carmen, y su hermano Santiago. Empieza entonces el período central de su vida, los veinte años, un poco largos, durante los cuales su espíritu iba a recibir la misión más noble y las más altas experiencias. Desde 1926 a 1946, salvo el paténtesis de la guerra española, monseñor Escrivá vivió en Madrid, si bien

*«La historia del Opus Dei
es la biografía
misma de su fundador.»*



*Monseñor Escrivá de Balaguer
dirige la palabra a unas seis mil
personas que acudieron a escucharle
en la escuela deportiva
Braña, obra corporativa
del Opus Dei, en Barcelona.*



haciendo a temporadas los constantes viajes que iba a imponerle la tarea que el Señor le va a encomendar.

2 de octubre de 1928, fiesta de los Santos Angeles Custodios. Madrid. El joven sacerdote de veintiséis años funda el Opus Dei. El panorama del apostolado específico que va a acometer es inmenso. Y en la fundación se cumplen a la letra todas las circunstancias precisas para que la Obra pueda ser llamada Obra de Dios.

Madrid es en aquellos momentos la capital de un país en cuya historia se avecinan transformaciones de largo alcance. Son los meses finales de la dictadura del general Primo de Rivera, cuya caída arrastrará consigo la liquidación de la monarquía constitucional, tras el paréntesis breve de un gobierno militar y un intento infausto de gabinete civil de transición. En los barrios madrileños, particularmente en los ambientes obreros de los suburbios, crecen por días los indicios de la fermentación revolucionaria marxista, de la influencia masónica y del odio a la Iglesia. El sacerdote aragonés realiza un intenso apostolado cristiano y social en aquellos mismos suburbios y en los hospitales madrileños, a la vez que una tarea ingente de orientación de muchas almas, mediante la práctica constante de la dirección y formación espiritual de cuantos se le acercan, cada vez en mayor número.

Poco a poco va hallando los primeros seguidores. No le faltarán contradicciones, signo de la bendición de Dios. Unido siempre a su obispo —a la Iglesia—, tiene desde el primer momento las aprobaciones que la Obra naciente requiere. Organiza primero algunas actividades académicas y docentes privadas, que le ponen en contacto con los medios estudiantiles. En el curso 1934-35 se abre la primera residencia de estudiantes en un edificio de la calle de Ferraz, esquina a la calle de Quintana, en un barrio distinguido inmediato al paseo de Rosales y al parque del Oeste, tránsito entre el ruido de los sectores centrales de la ciudad y las praderas y arboledas de la Moncloa, donde con lejanías velazqueñas está surgiendo la Ciudad Universitaria. Al final del curso 1935-1936, la residencia se traslada a un noble palacio de esa misma calle de Ferraz.

Aquella residencia —a la que había de seguir otra, en Valencia— quedó destruida inmediatamente después, en los momentos iniciales de la guerra española, cuando las milicias marxistas asaltan el inmediato cuartel de la Montaña. Son horas trágicas, comienzo de una serie azarosa de peripecias, bajo la persecución comunista.

Vienen luego muchos meses llenos de riesgos, en los que hay que ocultarse cada noche en un domicilio diferente, acogidos por la caridad heroica de conocidos o extraños. Después el refugio inseguro en un edificio habilitado por una representación diplomática extranjera. Más tarde el viaje a Valencia y Barcelona, y la aventura de pasar a Andorra, a pie y en noches de invierno a través de las montañas, desde los montes de Rialp, junto con un reducido grupo de los primeros socios del Opus Dei. Y tanto en Madrid como en Valencia, en Barcelona y a lo largo de todo aquel viaje por tierras dominadas

por perseguidores de la Iglesia, su celo sacerdotal continúa prodigándose constantemente.

La tarea de apostolado sigue en Burgos: predicaciones y retiros espirituales, correrías por los frentes y los trenes imposibles de la retaguardia de una España en armas, a la búsqueda de anteriores amistades apostólicas, y en los tiempos libres la continuación de estudios histórico-jurídicos —así el libro dedicado a *La Abadesa de las Huelgas*, caso interesante de jurisdicción cuasi episcopal—, además de la preparación de otro libro, *Camino*, que luego ha sido sin duda uno de los máximos *best-sellers* de las publicaciones españolas en los últimos veinte años. Desde la edición príncipe —aparecida en Valencia a principios de 1939— hasta finales de 1965 van impresos más de dos millones de ejemplares, unas cincuenta ediciones en castellano, catalán, francés, portugués, inglés, italiano, alemán, árabe, japonés, croata y escritura Braille para ciegos, además de estar ya preparadas las traducciones rumana, holandesa, polaca, danesa, húngara, vascuence, sueca, rusa, tagala, hebrea, china, y ediciones copiosísimas especiales en Estados Unidos y en Méjico.

Cuando la guerra termina, se abre la ardua tarea de reanudar la antigua labor. La vida de familia propia del Opus Dei y el apostolado con estudiantes universitarios y de escuelas especiales se reemprende en una nueva residencia madrileña —la del número 6 de la calle de Jenner—, instalada en dos pisos, en uno de los cuales viven su madre y hermanos, gracias a cuya serenidad y sacrificio ejemplares en la zona roja se han salvado muchos papeles importantes y muchos recuerdos materiales de los primeros años de la Obra.

Está en reconstrucción la vida entera del país. Renacen la vida material y la del espíritu: las actividades académicas y de investigación científica, las instituciones universitarias, las orientaciones literarias y culturales. Un grupo pequeño, pero compacto y bien preparado profesionalmente, de jóvenes profesores pertenecientes al Opus Dei, guiados por monseñor Escrivá de Balaguer con una orientación firme y lúcida, interviene decisivamente en la puesta en marcha de algunas empresas científicas, llamadas a adquirir un amplio desarrollo. Por ejemplo, la nueva forma de los clásicos colegios mayores, de los cuales el Opus Dei funda con características propias uno en Madrid y otros muchos en las capitales universitarias de toda España; son la continuación de la labor que hemos visto iniciarse ya antes de la guerra, en pleno ambiente adverso de legislación republicana, persecutoria de la libertad de la Iglesia y de los católicos, de modo especial en todo lo referente a la enseñanza. Intervienen ellos también de manera básica en la creación de las nuevas instituciones de investigación científica y en la renovación doctrinal y moral de muchas facultades y escuelas de la universidad, de las profesiones técnicas, del periodismo y similares, con la consiguiente repercusión en el renacimiento en España de la ciencia católica.

Continúa mientras tanto, con tranquila celeridad, el proceso jurídico de la vida del Opus Dei. El desarrollo de la Obra en todos los aspectos es la biografía misma de su fundador.

En los primeros tiempos no había él querido ninguna aprobación «in scriptis», porque no estaba aún abierto el camino jurídico en el que la Obra podía encontrar su propio cauce, y era preciso esperar sin actos prematuros, que podían traer el riesgo de deformaciones apresuradas del espíritu. Antes al contrario su fe le hizo marchar seguro de que ya llegaría la hora de poner sobre el papel la aprobación jerárquica que la Obra había tenido desde el primer momento. En efecto, en 1941 es aprobada públicamente por el obispo de Madrid-Alcalá; en 1943 recibe el «nihil obstat» de la Santa Sede.

A la vez, tras los viajes apostólicos del principio, ha comenzado la expansión universal del Opus Dei: se han iniciado las fundaciones en varios países de Europa y de América. Son los años que han sido vividos en la casa de la calle de Lagasca, el decoroso edificio de tres plantas esquina a Diego de León, que albergó la emoción de momentos inolvidables y también la amarga alegría de duras dificultades.

En julio de 1946 —apenas comienza el mundo a normalizar su existencia en la paz, por inestable que sea— monseñor Escrivá se traslada a Roma, la Ciudad Eterna. El pequeño piso de una casa modesta en el antiguo barrio de Città Leonina y luego el pobre albergue inicial en el Monte Parioli van a ser testigos del fervor y los sacrificios de sus primeros tiempos romanos. Comienza la génesis inmediata de determinaciones que serán trascendentales en la vida de la Iglesia, y que —poco más de diez años más tarde— descubrirían ampliamente la anchura y la profundidad del nuevo camino que entonces se abre a las almas. Son actos de la potestad suprema del Pontífice y realidades de la historia cristiana, cuya repercusión en la forja del mundo de hoy y de mañana resultan patentes.

Desde siempre, la Iglesia ha reconocido y regulado en sus elementos esenciales el empeño de las almas que quieren seguir a Jesucristo mediante la práctica de las virtudes evangélicas. Así, el estado jurídico de perfección, nacido virtualmente entre los ascetas de los primeros tiempos del cristianismo, aparece como fenómeno netamente social con la vida monástica, bien eremítica o cenobítica en Oriente, o bien en Occidente con otras dos formas más: la regla de san Agustín y el monaquismo de san Benito. Tras las Órdenes Militares propias de la Alta Edad Media, surgen en el siglo XIII nuevas formas de vida de perfección cristiana: las Órdenes mendicantes, que empiezan con san Francisco y con santo Domingo de Guzmán. En el siglo XVI la novedad son los Clérigos regulares: teatinos, barnabitas, jesuitas. En un momento posterior, tras una evolución doctrinal y legislativa lenta y fatigosa, las Congregaciones de votos simples encuentran por fin su carta magna en la Constitución Apostólica *Conditae a Christo* de León XIII (3 de diciembre de 1900).

Hasta 1946 existían sólo unos pocos estudios teóricos en los que se aludía, y sin la necesaria precisión conceptual, a los problemas jurídicos inherentes a determinadas asociaciones de religiosos cuyos miembros prescindían por motivos apostólicos del hábito y otras manifestaciones externas de su carácter.



El Gran Canciller de la Universidad de Navarra hace entrega del anillo al marqués de Lozoya, con motivo de su investidura como doctor «honoris causa» de dicha Universidad.

Monseñor Escrivá de Balaguer pronuncia unas palabras de agradecimiento por la entrega de la medalla de oro de su ciudad natal, Barbastro.



Pero con amplio alcance y con propósito operativo no se habían abordado las cuestiones de principio que planteaba una asociación como el Opus Dei, cuyas características eran y son del todo distintas de las que corresponden a las Órdenes y Congregaciones religiosas. En los últimos meses de 1946, un característico y vigoroso impulso, simultáneo a un estudio más amplio y profundo de la cuestión, tramitado por el competente Dicasterio vaticano, condujo a precisar el concepto de Institutos Seculares; el día 2 de febrero de 1947 el Santo Padre Pío XII promulgaba solemnemente la Constitución Apostólica *Provida Mater Ecclesiae*; el periódico oficioso de la Santa Sede, *L'Osservatore Romano*, la calificaba con grandes titulares de «documento de importancia histórica en la vida de la Iglesia». Tres semanas más tarde —el 24 de febrero de 1947— era concedido el «Decretum laudis» a la «Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y Opus Dei». Culminaba de este modo —por medio de una disposición pontificia histórica, entrañable y directamente ligada a la biografía de monseñor Escrivá de Balaguer y Albás— un capítulo de la vida jurídica de la Iglesia de Cristo. Con posterioridad, la figura institucional de los Institutos Seculares ha experimentado un proceso de alteración que ha subrayado las diferencias entre tales Institutos y el Opus Dei, el cual es teórica y prácticamente una Asociación de fieles de régimen y extensión universal.

En efecto, el Opus Dei —que poco después iba a recibir la aprobación definitiva en el largo y explícito texto del específico Decreto pontificio: *Primum inter*, 16 de junio de 1950— ha continuado desde entonces su universal expansión. Pertenecen a la obra personas de casi un centenar de nacionalidades en los cinco continentes.

El Opus Dei comprende dos secciones, una masculina y otra femenina —ésta fundada el 14 de febrero de 1930—, totalmente independientes hasta el punto de formar dos asociaciones distintas, unidas solamente en la persona del presidente general. A la Obra pueden pertenecer —y de hecho pertenecen— personas de todas las edades, profesiones, clases sociales y razas: hombres y mujeres, casados y solteros, intelectuales y obreros, ricos y pobres, que se dedican, no como religiosos, sino siendo estrictamente seculares y por vocación específica, al apostolado y a la práctica de las virtudes cristianas en el propio estado, cada uno a través de su propia profesión u oficio, en medio del mundo. Hay también cooperadores que —sin pertenecer estrictamente a la Obra— constituyen una asociación interna suya, y aportan la ayuda de sus oraciones, trabajo y limosna, además de ser formados y vivir la espiritualidad propia del Opus Dei. Y aun aquellos no católicos de recta conciencia y sincera religiosidad que deseen colaborar en las tareas apostólicas del Opus Dei, pueden ser agregados en cierto modo a él, en virtud del admirable apostolado «ad fidem» que figura entre los más delicados matices del espíritu y estructura de la Obra.

Ese espíritu, en efecto, está determinado por el fin específico: promover una profunda vida cristiana entre personas de todas las clases sociales, principalmente entre las dedicadas a profesiones intelectuales. Por eso los miem-

bros del Opus Dei se consagran a adquirir las virtudes cristianas mediante la santificación del trabajo ordinario en medio del mundo y a ejercer el apostolado. Su afán puede sintetizarse en una fórmula breve: colocar a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas. De ahí que estén presentes, según su clase y condición, en todos los ambientes y empresas de la vida colectiva, tanto en trabajos humildes como en funciones de dirección: culturales, económicas, deportivas, sociales, políticas, etc., porque en estas tareas, que de todos modos —aunque no pertenecieran al Opus Dei— habrían ejercido, ven un medio de buscar la propia y la ajena santificación. En todas ellas, los socios del Opus Dei —dentro del dogma y la moral católicos— gozan de la más amplia libertad, lo mismo que los demás fieles corrientes, para formar su personal criterio y ajustar su conducta, de donde se deduce que la Asociación como tal ni se atribuye los méritos ni se solidariza con las consecuencias concretas de las actividades personales de ninguno de sus socios. No se los atribuye porque no son suyos. Aparte de que, además, es norma constante de la ascética del Opus Dei trabajar con discreción y vivir, como tal Asociación, sin ninguna gloria humana.

La historia del Opus Dei es —insisto— la biografía misma de su fundador. Y esto porque él tuvo siempre como norma de su labor apostólica trabajar humildemente, sin la apariencia de brillos exteriores, norma a la que —tras el tiempo de inevitable acción externa, empujado por las exigencias del desarrollo de la Obra— volvió otra vez de manera constante en los largos y fecundos años de su vida en Roma.

Aquel joven estudiante de Leyes en la universidad zaragozana, próxima al templo que es trono de la Virgen del Pilar, fue, como hemos visto, superior del Seminario, y será luego rector del Real Patronato de Santa Isabel en Madrid, profesor de Deontología en la Escuela Oficial de Periodismo, y consejero nacional de Educación. Fue doctor en Derecho por la universidad de Madrid, y en Sagrada Teología por la universidad Lateranense de Roma. En diferentes ocasiones su labor jurídica, cultural y religiosa hicieron que le fueran concedidas las Grandes Cruces de San Raimundo de Peñafort, de Alfonso el Sabio, de Isabel la Católica y de la Real y muy Distinguida Orden de Carlos III. Fue además académico de la Pontificia Academia Romana de Teología, consultor de la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades, consultor de la Comisión pontificia para la interpretación auténtica del Derecho Canónico, doctor «honoris causa» por la universidad de Zaragoza, miembro del Colegio de Aragón, hijo adoptivo de Pamplona y de Barcelona, prelado doméstico de Su Santidad, Gran Canciller del Estudio General de Navarra. Sobre todo, fue el fundador del Opus Dei.

La grandeza y la eficacia temporales de su acción personal fueron tangibles en muchas decenas de países. No se trató sólo de una figura egregia, eminentemente en virtudes, cuyas consecuencias se hicieron realidad. Aquella grandeza creadora es patente hoy mismo. En efecto, por razones de espacio sería imposible aquí hacer una enumeración exhaustiva de las instituciones que,

en muy diferentes planos de la vida contemporánea, han nacido ya del impulso firme y sereno del Opus Dei. Aparte de las actividades individuales de sus socios, en todas las profesiones de la vida civil, la Asociación ha fundado y dirige desde hace años, como obras corporativas, diversos centros y facultades libres de enseñanza universitaria —por ejemplo, las de la universidad de Navarra (España), el Instituto de Estudios Superiores de la Empresa (Barcelona), el Instituto de Derecho Canónico, agregado a la Pontificia Universidad Lateranense de Roma, el Instituto de Pedagogía (Roma) y otros en México, Perú, etc.; colegios de enseñanza media —como los de Chapultepec (México), Gaztelueta (Bilbao), Viaró (Barcelona), Retamar (Madrid), etc.—; centros de altos estudios técnicos o de formación social —como el Centro Cultural Obrero (Culiacán), Instituto Tajamar (Madrid), o el Instituto de Idiomas «Seido Yuku» (Osaka, Japón) y el «Stratmoore College», centro preuniversitario interracial de Nairobi, el primero que en su género existe en toda el África negra—; residencias de estudiantes (RUI —Roma—, Londres, Dublín, Montreal, Chicago, Boston, Madison, San Luis, México, Caracas, Bogotá, Medellín, Quito, Lima, Santiago de Chile, Buenos Aires, Rosario, Montevideo, São Paulo, Sevilla, Santiago de Compostela, Valencia, Zaragoza, Granada, Nápoles, Palermo, y otras muchas ciudades universitarias de España y de otros varios países); casas de convivencias y retiros espirituales, y cursos de estudios o reuniones internacionales (Castello de Urío —lago de Como—, Barcelona, Segovia, Jerez de la Frontera, México, etc.); escuelas de arte y hogar (Sevilla, Quito, Roma, Madrid, Montevideo, Barcelona, México, Caracas, etc.); actividades apostólicas en tierras de misión (Prelatura «nulus» de Yauyos —Perú— y en Nairobi —Kenia—). Socios del Opus Dei han fundado casas editoriales, librerías y distribuidoras de libros y de películas (en España, Portugal, Inglaterra-Irlanda-Estados Unidos, Alemania, Italia, México, Chile, Perú, etc.); publicaciones periódicas culturales y diarios de información (Roma, Madrid, Pamplona, Barcelona, Valladolid, México, París, Caracas, Lisboa y Dublín, etcétera); granjas escuelas, «kindergarten», más otras muchas labores similares. Aparte de todas las destinadas a las demás tareas, pasan de quinientas sólo las instituciones destinadas a la formación de juventudes.

Las citadas en esta relación bastan para dar idea concreta de hasta qué punto alcanzan realmente al mundo entero.

Otoño de 1960. En estas casas romanas del Monte Parioli, se han terminado hace meses las últimas estancias, y entre ellas destaca un oratorio más: el de San Miguel. En el pie del altar va una inscripción que comienza así: «Ioseph Maria Escrivá de Balaguer, pauper servus et humilis, Operis Dei conditor... altare hoc sacrauit...», el día tantos de tantos del año mil novecientos y tantos, confiando en el Señor que «in hoc pulcherrimo charitatis bello» los hijos de su espíritu sabrán ser fieles a la gracia, y trabajar por la paz y la alegría, en todo el mundo, por los siglos de los siglos. El fundador del Opus Dei falleció en Roma en 1975.

FLORENTINO PÉREZ-EMBIÓ